

Jordi Maiso Blanco

Henry David Thoreau: Ética como unidad de teoría y praxis

I Parte

Abstract. *The life and work of Henry David Thoreau constitute an indissoluble whole. His ethical and vital position is a proposal of an alternative way of life, which disputes the deep basis of our society and our interaction with nature, and has turned him into the prophet of ecology and civil disobedience.*

Resumen. *La vida y la obra de Henry David Thoreau constituyen un todo indisoluble. Su planteamiento ético y vital es una propuesta de un modo alternativo de vida, que cuestiona las bases profundas de nuestra sociedad y nuestra interacción con la naturaleza, y le ha convertido en el profeta del ecologismo y la desobediencia civil.*

Introducción: la necesidad de retornar a Thoreau

*My life has been the poem I would have writ,
but I could not both live and utter it*

Henry David Thoreau

A primera vista, la elección de un personaje de mediados del XIX, como es Thoreau, puede parecer anacrónica dentro del marco de la ética aplicada, una disciplina a la que cada día se le abren nuevos retos desde múltiples perspectivas. Parece que vamos tan rápido que somos incapaces de ser contemporáneos de nuestro presente, que cada día el horizonte se ensancha más y más, mucho más allá de donde nuestra vista puede alcanzar.

¿Por qué, entonces, volver la mirada tan atrás? Hace 150 años que murió Thoreau, sin embargo, su pensamiento no se ha quedado, ni mucho menos, obsoleto. Si se le sabe escuchar, veremos que muchos de sus planteamientos son de rabiosa actualidad. Muchos dicen que la evolución occidental ha convertido a Thoreau en un profeta, especialmente en la relación del hombre con la naturaleza, pero también en el terreno político y social (su idea de desobediencia civil influye decisivamente en Tolstoi, Gandhi y Martin Luther King), y tiene retazos de absoluta actualidad para la convivencia pacífica en sociedades plurales. Supo interpretar los signos de su tiempo para vislumbrar los fenómenos que por entonces se estaban gestando. Aún careciendo de la debida perspectiva que da la distancia temporal, su análisis le bastó para oponerse a lo que los líderes del momento querían hacer pasar por bueno, pragmático y moderno.

Sin embargo, Thoreau murió sin ser apenas conocido, y su figura no se revalorizaría hasta casi un siglo después. En España gozó de cierta aceptación en las postrimerías del franquismo y la transición, pero era leído en clave hippie. Existe una desinformación acerca de él bastante extendida. Entre la bibliografía que he consultado para la elaboración de este trabajo, me he encontrado con varios artículos en que el desconocimiento de su obra es alarmante. La información que impera hoy sobre él está basada en tópicos y referencias de segunda mano. Una rápida lectura de las fuentes directas bastaría para solucionar el problema.

Henry David Thoreau (1817-1862) no llegó a los 45 años. Tuvo una vida breve, pero intensa en experiencias. Su vida y su obra son inseparables. Consigue una unidad perfecta entre teoría y praxis, y por ello mi trabajo se centra tanto en sus escritos como en su biografía. Es un escritor asistemático, incluso antisistemático, "sus obras son divagaciones de un caminante que se deja llevar por sus pensamientos"¹. Personaje controvertido, contradictorio e inclasificable, despierta tanto filias como fobias. No en vano se llamaba a sí mismo "genio torcido". Se le ha intentado encasillar como Trascendentalista, como demócrata, como un peligroso ácrata, como liberal, como místico y como naturalista. Es cierto que algo hay en él de todo ello. Sin embargo, como dice Juan José Coy, hay que rescatarle en toda su complejidad, puesto que su obra es un intento de labrar su propia personalidad: "el éxito mayor de Thoreau no consistió en la creación de un sistema, sino en la creación de sí mismo"². Por tanto, a nuestro complejo personaje, hay que añadirle, además de lo anterior, una dosis de romanticismo, por aquello de intentar hacer de su vida la mejor obra de arte, como demuestra a lo largo de los catorce volúmenes que conforman su diario.

Thoreau no salió apenas de su pueblo natal, Concord, en Massachussets; por ello, autores como Henry James han dicho de él que es provinciano, incluso pueblerino. Sin embargo, su mentalidad no era pueblerina ni convencional, ni mucho menos. Mantuvo una firme voluntad de pensar y vivir por sí mismo, no por lo que le viniera impuesto. Fue la definición viviente de lo que es un individuo libre. A pesar de que, por lo general, sus obras no vendieron bien, supo mantener la integridad y su independencia, no se sumó a ningún discurso político, religioso, ideológico o institucional. A modo de ejemplo esta la anécdota de su diploma universitario. Thoreau se graduó en Harvard³, sin pena ni gloria, pero se negó a pagar el dólar para recibir el diploma que le acreditaba, ante lo cual simplemente dijo "bástele a cada oveja su propia piel"⁴.

Como Kant, es un defensor acérrimo de la autonomía moral del individuo, que entiende en un sentido muy fuerte. Además, defiende y practica un pensamiento opuesto a la abstracción.

Considera que la sabiduría es un término mal aplicado, ya que, como los filósofos helenísticos, especialmente los cínicos, considera que el sabio es el que mejor sabe vivir: "¿Existe algún tipo de sabiduría que no se aplique a la vida?, ¿o es la sabiduría tan sólo el molinero que muele la lógica más fina?"⁵ Como consecuencia de esto, tiene una peculiar idea de la filosofía: "Ser un filósofo no consiste meramente en tener pensamientos sutiles, ni siquiera en fundar una escuela, sino en amar la sabiduría hasta el punto de vivir conforme a sus dictados una vida sencilla, independiente, magnánima, confiada. Escribe en resolver algunos problemas, no solo desde el punto de vista teórico, sino también práctico"⁶.

La obra de Thoreau tiene dos grandes ejes: la naturaleza y la sociedad. Por un lado, la defensa de lo natural en una sociedad americana que vivía su primera revolución industrial y estaba en plena fiebre de producción, y su disconformidad con el modelo de vida capitalista. Por otro, su oposición a un gobierno imperialista, esclavista, en contradicción abierta con los ideales que proclamaba, y que no se rige por la justicia y la igualdad, sino únicamente por la economía. De acuerdo con esto, en sus escritos y conferencias no se limita a lisonjear al público y decirle lo que quiere oír, sino que entrega una fuerte dosis de sí mismo intentando despertar las adormecidas conciencias de su auditorio: "Me han venido a buscar y se han comprometido a pagarme; a cambio, estoy dispuesto a entregarme a ellos aunque les aburra lo indecible"⁷.

Su obra está plagada no tanto de dicotomías como de dialécticas: naturaleza-civilización, individuo-sociedad, soledad-solidaridad, integridad-conformismo, etc... Con frecuencia se ha intentado simplificar su pensamiento, y su imagen ha sido fijada por académicos y lo que Henry Miller denomina "hombres de gusto": "es la imagen del eremita, del excéntrico, de la broma de la Naturaleza. En fin, se ha conservado la caricatura"⁸. Hay que volver a Thoreau respetando toda su complejidad. Es esta complejidad asistemática lo que dificulta notoriamente un estudio ordenado de su vida y su obra sin caer en la esquematización o en simplificaciones excesivas. Su biografía y sus escritos constituyen una totalidad muy rica

en la que nada se da disociado, sino que todo está unido, vinculado entre sí. Los diversos temas se iluminan unos a otros y dan coherencia al conjunto. Como dice Coy, Thoreau fue un ecologista *avant la lettre*, un pacifista cuando nadie lo creía concebible y un elogiador de la pereza mucho antes que Lafargue.

Con todo esto, la articulación temática consistirá en primer lugar en su visión de la política, centrándome en su defensa de las minorías, y, sobre todo, en su propuesta de desobediencia civil, con la evolución que ésta experimentaría; trataré también su oposición al sistema capitalista y su moral del trabajo por el trabajo; esto me llevará a su propuesta alternativa de simplificación de nuestras vidas, vuelta a la naturaleza y su peculiar visión de la ecología y de la interacción adecuada ente el hombre y la tierra. Por último, el tema de la educación, que le preocupó seriamente durante toda su vida y está en estrecha relación con su ética.

Para contextualizar, me he servido principalmente de las introducciones de Juan José Coy a *Una vida sin principios* y *Desobediencia civil y otros escritos*. A lo largo del trabajo, utilizo numerosas citas de Thoreau, tal vez parezcan demasiadas, pero a veces sus palabras exponen la situación con tal brillantez y simplicidad que cualquier paráfrasis resultaría burda.

Política para individuos libres

*Al igual que se forman los ventisqueros
cuando cesa el viento,
así cuando cesa la verdad
surge una institución*

A Thoreau le tocó vivir tiempos difíciles, confusos y contradictorios. En los Estados Unidos de su época, lo normal era contradecir los ideales proclamados por su Constitución y su Declaración de independencia. Era normal la guerra de Méjico, extender y afirmar la práctica de la esclavitud y consolidar un Estado que promoviera todo esto en nombre de un capitalismo desmedido, y que estaría siempre del lado de los banqueros, la industria, los grandes negocios y los políticos. "Frente a este tipo de normalidad, Henry

Thoreau reivindica la anormalidad"⁹. En su *Apolo-gía del capitán John Brown*, caracteriza la política como sinónimo de oportunismo, corrupción, abuso de poder y exhibicionismo. Así, el término original ha perdido todo su valor y significado. Thoreau sí que reconoce que la política es una función vital para la sociedad, pero cree que debería "realizarse inconscientemente, como sucede con las correspondientes funciones del cuerpo físico"¹⁰, y esto pasa, en primer lugar, por no excluir la diferencia, sino intentar cohabitar en la pluralidad.

Contexto: a favor del pluralismo en una sociedad injusta

A mediados del Siglo XIX, John L. O'Sullivan proclama el Destino Manifiesto de los Estados Unidos como país elegido por Dios para civilizar y democratizar el mundo¹¹. Esto no es sino una forma de justificar el colonialismo y el expansionismo yanqui, la gesta del Oeste y la conquista de los espacios aún abiertos hasta el Pacífico. Frente a esto, Thoreau defiende los derechos de las minorías hasta las últimas consecuencias. Convencido de la ilegitimidad que significaba la agresión violenta "mediante acciones militares salvajes, contra países circundantes mucho más débiles e inestables"¹², mantuvo siempre un férreo antimilitarismo que era impensable por aquél entonces. Pensaba que los soldados no eran sino unas pobres víctimas, personas mediocres potenciadas por un vistoso uniforme: "Es imposible darle a un soldado una buena educación sin que deserte. Su enemigo natural es el gobierno que lo entrena"¹³.

De este modo, defendió a los mejicanos que estaban siendo expoliados y a los negros que estaban siendo esclavizados, pero también a los emigrantes irlandeses, que habían tenido que emigrar a los Estados Unidos debido a la crisis de la patata, y al llegar, se encontraron con los estados racistas y esclavistas del sur, y con que los estados del norte, supuestamente más civilizados, les consideraban "apenas dignos de pertenecer a la raza humana"¹⁴. Especialmente se interesó por los indios, con los que conectaba por su elogio a la pereza y su ecologismo radical. La

situación en que éstos vivían también era penosa, ya que, además de ser expoliados, tenían que soportar escuchar declaraciones como las de Gerard Chargin, del Tribunal Supremo del Estado de California: “Deberíamos enviaros a vuestro país, a Méjico... Deberíais suicidaros. Sois inferiores a los animales y no tenéis el derecho a vivir en una sociedad organizada”¹⁵. Además, como dato curioso y significativo, los indios aparecen en la mitología norteamericana como “ser vengativo” por excelencia. Thoreau está alarmado por la situación y enseguida cae en la cuenta de lo que la exterminación de los indios supone, así que trata con miedo y cautela esta situación crucial para la historia americana. A partir de 1850 se empieza a interesar cada vez más por ellos, leyendo vorazmente libros sobre el tema y coleccionando objetos que le llamaban la atención. En una sociedad blanca occidental industrial moderna, su interés por los indios no fue superficial, se sintió cerca de ellos en su preocupación por mantener el equilibrio ecológico, e hizo lo que a ninguno de sus contemporáneos blancos se le ocurrió hacer: estudiarles para aprender de ellos, dándose cuenta así de que coincidía con muchos de sus valores básicos, más que con los de una sociedad hipócrita y corrupta: “Tengo mucho que aprender del indio, nada del misionero”¹⁶, “a mi modo de ver, el encanto del indio consiste en que vive en la naturaleza libre y sin restricciones, es su habitante y no su invitado, y la trata con cuidado y con amabilidad”¹⁷.

Esta defensa que lleva a cabo Thoreau de las minorías es sin duda alguna una cuestión de suma actualidad para nuestras sociedades plurales y globales. Más que la tolerancia, lo que defendió fue la integración en la diferencia de las distintas etnias para lograr una convivencia armónica. Como apunta Coy, Estados Unidos es un crisol en que se funden inmigrantes de todas partes buscando el paraíso perdido. Sin embargo, en el Siglo XX se extendió la creencia de que indios, negros, judíos, italianos, británicos, irlandeses, demás europeos, suramericanos, árabes, y, en general, cualquiera que transgrediera la pauta general y se encuadrara dentro de lo marginal, debía reconvertirse, blanquearse, americanizarse, dejarse asimilar renunciando a su propia identidad. Este

intento de uniformidad e imposición de normalidad propia del Siglo XX, e incluso aún de nuestro presente, ya era considerada inaceptable por Thoreau a mediados del XIX.

Ante esta situación de esclavismo, racismo, guerras injustificadas e injustificables y demás barbaries, Thoreau se ve obligado a desobedecer a su Estado en nombre de su conciencia moral, iniciando una tradición de desobediencia civil muy influyente que llega hasta nuestros días.

El imperativo de la desobediencia civil

Thoreau hoy es ante todo conocido por ser el primer hombre en proponer en un Estado liberal la desobediencia civil ante leyes o situaciones injustas, como lo eran el esclavismo, la guerra de Méjico, y la situación de indios, negros y demás minorías. En la Declaración de Independencia no hay alusión alguna a la esclavitud, a pesar de que se afirma: “Sostenemos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales; que a todos les confiere su creador ciertos derechos inalienables entre los cuales está la vida, la libertad y la conquista de la felicidad; que, para garantizar estos derechos, los hombres instituyen gobiernos que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados”¹⁸. Esto parece querer decir que indios y negros no son hombres. Por su parte, la Constitución mantiene una dudosa posición ante la esclavitud, diciendo que se mantenga donde está y que no se instaure donde no exista. Muchos ciudadanos no se atrevieron a pronunciarse contra la esclavitud por atenerse a la Constitución, que se consideraba como fuente absoluta de la justicia. Sin embargo, Thoreau cree que la conciencia individual adecuadamente ejercitada, está por encima de las leyes positivas, y que si éstas no responden a lo que la conciencia considera justo, el individuo está en el legítimo derecho de desobedecerlas, puesto que obedece a una ley superior a la que aparece recogida en la Constitución. Sostiene que el gobierno y la legislación no es algo tan respetable cuando se dedica simplemente a dictar normas para mantener la esclavitud. Si Estados Unidos es, como dicen, el pueblo elegido por Dios, si los norteamericanos son sus

hijos, Thoreau piensa que su familia debió de extinguirse antes del Siglo XIX.

Básicamente, Thoreau tiene tres obras referidas al tema de la desobediencia civil como reacción al esclavismo, y, como apunta Walter Harding, hay una evolución cronológica, en la que con el paso del tiempo va acentuando su radicalidad. En *Desobediencia civil* (1849), llama a romper toda colaboración directa o indirecta con lo que se considera injusto; en *La esclavitud en Massachussets* (1854), exhorta a violar una ley concreta; en la *Apología del capitán John Brown* (1859), clama a favor de la rebeldía abierta contra el Estado en cuanto tal. En estas obras, muestra cómo se utiliza el gobierno, la legislación y la prensa, no como un medio para servir al pueblo, sino como un medio por el que los gobernantes se sirven del pueblo. A continuación, analizaré cada obra paso a paso.

Desobediencia civil

Escrito en primera persona, en este opúsculo está el trasfondo de las dos posteriores. El germen de todo está recogido aquí. La obra nace a raíz de la guerra de Méjico y el encarcelamiento de Thoreau, que, dirigiéndose desde Walden Pond al zapatero, fue arrestado por negarse a pagar impuestos, siguiendo el imperativo de su conciencia de no apoyar a un gobierno esclavista ni financiar una guerra sucia e injusta. Finalmente, sólo pasó en prisión una noche, puesto que alguien pagó sus impuestos y fue liberado. Sin embargo, según parece, Thoreau no quería abandonar la prisión, y tuvo que ser echado a patadas, porque creía que “bajo un gobierno que encarcela a alguien injustamente, el único lugar que debe ocupar el justo es la prisión”¹⁹. El resto de su vida, su familia tuvo que pagar sus impuestos para evitarle problemas, a pesar de que él decía que así no le hacían favor alguno a él, sino a un Estado injusto.

La obra comienza hablando del gobierno, y Thoreau se expresa con claridad: “el mejor gobierno es el que no gobierna en absoluto; y, cuando los hombres estén preparados, será ese y no otro el tipo de gobierno que tendrán”²⁰. Conside-

ra al gobierno un inconveniente, una invención engañosa que aunque se supone que “no es más que el medio elegido por el pueblo para ejecutar su voluntad, es igualmente susceptible de originar abusos antes de que el pueblo pueda elegir”²¹. El ejemplo paradigmático de esto es la guerra de Méjico (1846-1848), que básicamente consistió en usar unas ridículas ofensas como pretexto para declarar la guerra, tomar Veracruz, hacerse con la mitad del territorio mejicano y firmar la paz de Guadalupe de Hidalgo. En opinión de Thoreau, los motivos de esta guerra son los intereses económicos en el algodón y en las industrias fabriles, además del intento de ampliación del territorio en que la esclavitud sea legal, puesto que ésta es clave para sustentar la economía. Por tanto, cree que el problema del gobierno es la instrumentalización, ya sea la de los hombres a favor del gobierno, o la del gobierno en beneficio de los hombres que detentan el poder.

Buscando las causas de este gobierno injusto, da con un problema clave de las democracias: la mayoría, que no ostenta el poder por justicia, sino por la fuerza del número. Siendo así, la mayoría puede ser injusta, estar engañada, mal informada, y más aún en una sociedad en la que el máximo poder lo detenta la prensa, a través de la cual mandan los gobiernos, creando opinión pública. Esta es también la cruz de la democracia actual, en la que todas las complejísimas y múltiples redes de la sociedad de información se acaban reduciendo a una o dos empresas, y en la que, como señala Chomsky, la libertad de expresión la acotan los anunciantes.

En definitiva, Thoreau considera que la justicia y la conciencia son previas a la mayoría. Precisamente, la clave de su desobediencia civil es no someter la conciencia al legislador ni a la mayoría: “Debiéramos ser hombres primero y ciudadanos después”²². Lo deseable no es cultivar el respeto por la ley, sino por la justicia. La única obligación que tengo derecho a asumir es la de hacer en cada momento lo que crea justo”²³. En consecuencia, considera que los hombres que obran según su conciencia no pueden sino oponerse al Estado, y por eso éste les considera sus enemigos. En cuanto al gobierno americano de su tiempo, cree que “no nos podemos asociar con

él y mantener nuestra propia dignidad. No puedo reconocer ni por un instante que esa organización política sea mi gobierno y al mismo tiempo el de los esclavos”²⁴. “Cuando resulta que la fricción se convierte en su propio fin, y la opresión y el robo están organizados, yo digo: ‘hagamos desaparecer esa máquina’. En otras palabras, cuando la sexta parte de la población de un país que se ha comprometido a ser refugio de la libertad, está esclavizada, y toda una nación es agredida y conquistada injustamente por un ejército extranjero y sometida a la ley marcial, creo que ha llegado el momento de que los hombres honrados se rebelen y se subleven”²⁵. Es una llamada a que los que se consideran abolicionistas, rompan su silencio y su pasividad y tomen partido por lo que consideran justo, y que lo hagan sin temor, hasta las últimas consecuencias: “Este pueblo debe dejar de tener esclavos y de luchar contra Méjico aunque le cueste la existencia como tal pueblo”²⁶. Precisamente, lo que critica aquí Thoreau es la hipocresía de los políticos, que anteponen la integridad de la unión, que podría haberse visto amenazada por la confrontación en el tema del esclavismo, a la toma de partido para solucionar una situación intolerable²⁷. Considera que el problema está en el espíritu competitivo de comercio inculcado a granjeros y comerciantes, que les ha llevado a tener más interés en los negocios que en hacer justicia a la degradante situación de Méjico y la esclavitud, “incluso posponen la cuestión de la libertad a la cuestión del mercado libre y leen en silencio las listas de precios y las noticias del frente de Méjico tras la cena, incluso caen dormidos sobre ambos”²⁸.

Thoreau considera que en lo que dice llamarse una democracia no podemos limitarnos a esperar a que otros solucionen el mal, o reducir toda nuestra acción al voto. Considero que su crítica al voto es muy actual en la democracia representativa de nuestros días: “Las votaciones son una especie de juego (...); un jugar con lo justo y lo injusto, con cuestiones morales”²⁹. Thoreau estima que se vota por lo que se cree que debe ser, pero no diciendo que deba prevalecer, sino que eso se deja en manos de la mayoría, por eso, “incluso votar por lo justo es no hacer nada por ello”³⁰. Cuando la mayoría vote por la abolición de la esclavitud, será porque ya no sacará ningún

beneficio con ello, o porque será tan escasa que ya no merezca la pena. Considera que sólo se puede acelerar la abolición de la esclavitud por el voto de quien afianza su libertad con ese voto, y, en ese momento, ese voto no estaba permitido.

Frente a esto, hay que pasar a la acción, y es aquí donde entra ya la desobediencia civil, porque los medios que propone el Estado para solucionar el problema requieren toda una vida, y, como dice Thoreau, “no vine al mundo para hacer de él un buen lugar para vivir, sino a vivir en él”³¹. En nuestra vida, tenemos más cosas que hacer que combatir lo que vemos que está mal, pero lo mínimo que debemos hacer es evitar practicarlo: “que vuestra vida sea un freno que detenga la máquina. Lo que tengo que hacer es asegurarme de que no me presto a hacer el daño que yo mismo condeno”³². No nos podemos quedar satisfechos simplemente por tener una opinión, habrá que actuar en consecuencia: en Thoreau no es posible la teoría sin praxis, y ya no nos toca tan lejos, es tan simple como no a ir a filas si eres llamado o negarse a financiar al Estado con el pago de los impuestos, estas medidas no son violentas ni crueles, pero el pago de los impuestos supone apoyar las medidas violentas y crueles del Estado, así que este es el modo de revolución pacífica. Thoreau creía que si los hombres justos liberaban a sus esclavos y rompían su asociación con el gobierno, la esclavitud sería abolida, porque en aquél momento la situación era que la reforma contaba “con docenas de periódicos a su favor, pero ni con un solo hombre”³³.

Debido a la ya citada intrínseca unidad entre los planteamientos teóricos y la conducta práctica de Henry Thoreau, fue encarcelado por los seis años que llevaba sin pagar el impuesto sobre los votantes³⁴. Fue encerrado por no reconocer “la autoridad de un Estado que compra y vende mujeres y niños a la puerta del Senado, como si de ganado se tratara”³⁵. En *Desobediencia civil* nos narra su experiencia en prisión, y nos cuenta cómo, recluso en ella, se sentía más libre que sus conciudadanos que estaban fuera, al otro lado de los barrotes. Era “como si hubiera sido el único que hubiera pagado sus impuestos”³⁶, ya que había afirmado su conciencia por encima de las instituciones.

La esclavitud en Massachussets

A partir de 1850, con muchos nuevos territorios donde la esclavitud es legal debido a la guerra de Méjico, comienzan las huidas de los esclavos hacia el norte en busca de su libertad, así que se aprueba la Ley de Esclavos Fugitivos, según la cual los esclavos evadidos que sean encontrados en estados no esclavistas deben ser devueltos a sus legítimos propietarios. En reacción a los casos concretos de Thomas Sims y Anthony Burns, apresados en Massachussets, y devueltos a sus respectivos amos, Thoreau, habitante de dicho Estado, es invitado a dar un discurso el día de la Independencia. El resultado es este escrito, que sería poco después publicado en *The liberator*.

Thoreau recuerda al comienzo de esta obra que en los casos de Sims y Burns, lo que realmente ocurre en el Palacio de Justicia es que están “juzgando a un HOMBRE para saber si realmente es un ESCLAVO”³⁷, y se pregunta qué juez se siente en disposición de decidir una cuestión semejante, previa a toda institución. El análisis que lleva a cabo de los hechos es que el Gobernador y el gobierno de Estados Unidos le han arrebatado a un hombre su libertad de por vida por el simple hecho de ser negro, y todas las fuerzas armadas del Estado están al servicio de un hombre que se considera dueño de otro hombre al que llama esclavo, para que el amo pueda recuperar su propiedad.

Comenta también la paradójica circunstancia de que siete días después de que el pueblo de Massachussets devolviera a Sims a la esclavitud, los habitantes de Concord tocaran las campanas para celebrar su libertad, lo que le lleva a observar “que hay algunos que si les ataran a un poste de flagelación y no tuvieran libre más que una mano, la usarían para tocar las campanas y disparar cañones celebrando su libertad. Así sucedió que algunos de mis convecinos se tomaron la libertad de tocar y disparar; ese era todo el alcance de su libertad, y cuando el sonido de las campanas dejó de oírse, su libertad también se extinguió; cuando toda la pólvora se hubo gastado, su libertad se desvaneció como el humo”³⁸. Ante esta actitud, parece como si los conciudadanos de Thoreau no se dieran cuenta de lo que verdadera-

mente supone la esclavitud. La libertad que celebran se agota en la misma celebración cuando un hombre es devuelto a otro para no ser de por vida otra cosa que su propiedad.

Las únicas actitudes que se tomaron con respecto a esto fue cuando, en 1854, Stephen Douglas dice que cada Estado decida por voluntad mayoritaria la legalidad de la esclavitud. “Con esto, Douglas intenta satisfacer las aspiraciones del sur sin ofender a las del norte. Como de costumbre: la esclavitud, o la antropofagia, o la guerra, dejadas por los políticos a la legitimación de las urnas”³⁹. Este es precisamente el tipo de democracia que Thoreau no puede aceptar. No se puede someter la libertad de más de tres millones de personas a las urnas, ni a las leyes, ni a las instituciones. Personalmente, esto me recuerda a los que intentan legitimar la legalidad de la pena de muerte en algunos estados de Norteamérica aduciendo que es respaldada por el 75% de la población, como si la vida no fuera previa a la opinión o a la existencia del Estado.

En *La esclavitud en Massachussets*, Thoreau hace referencia a los jueces que, siguiendo la autoridad de la Constitución, permiten que esos hombres sigan siendo esclavos, y señala que eso es hacer de la constitución un medio para servir intereses económicos, convertir en realidad inmutable algo que debería estar al servicio del pueblo, subordinando así los intereses del pueblo a un instrumento legal: “La ley nunca hará libres a los hombres, son los hombres los que deben hacer libre a la ley”⁴⁰. Los jueces y abogados se preguntaban si la Ley de Esclavos Fugitivos es constitucional, cuando la cuestión es que era una ley injusta que negaba la libertad de algunos hombres. En definitiva, apunta Thoreau, como ya decían los antiguos sofistas griegos, se considera justo lo que es útil para el que gobierna. En el mejor de los casos, lo que ocurre es que la maquinaria de la justicia sustituye a la justicia misma, generando una suerte de espejismo que deja a muchos contentos: “La justicia es dulce y musical, mientras que la injusticia es áspera y discordante. El juez sigue sentado a su organillo dándole a la manivela, pero no se oye música, sólo oímos el ruido de la manivela. Él cree que la música reside en la manivela, y la muchedumbre le tira monedas igual que siempre”⁴¹.

En suma, Thoreau considera que tanto Massachusetts como el resto de estados que se ven afectados por la Ley de Esclavos Fugitivos, deben abandonar su servilismo y romper su unión con los esclavistas. Cree que bajo un mal gobierno que condena a la esclavitud, la vida pierde valor, y, con ella, todo lo demás. Su propuesta es dejar atrás de una vez por todas el esclavismo, y para ello recurre a la Naturaleza, a la imagen del nenúfar que florece dulcemente aunque nace del estiércol, y nos recuerda que “la naturaleza no se ha asociado al acuerdo de Missouri. No hay olor a acuerdo en la fragancia del nenúfar”⁴². Tras esta alusión a la naturaleza, concluye afirmando la necesidad de enterrar de una vez por todas la esclavitud y el servilismo, porque “incluso ellos son buenos como abono”⁴³.

Apología del capitán John Brown

Como consecuencia de la Ley de Esclavos Fugitivos, muchos ciudadanos se prestaron a colaborar con los esclavos para ayudarles a conseguir su libertad. Así nacen los *Underground Railroads*, una red de personas que ayuda a los esclavos a huir de sus plantaciones en el sur y les ayudan a llegar a Canadá. Thoreau colaboró activamente en este tren subterráneo, así como también un tal John Brown, al que había conocido en la segunda mitad de los años cincuenta.

John Brown era un hombre controvertido. Era puritano, profundamente religioso, y absolutamente opuesto a la esclavitud. Para unos se trataba simplemente de un asesino, un fanático y un loco, para otros, de un defensor de los débiles y las minorías, y un antiesclavista convencido y radical. Lo cierto es que este abolicionista destruyó las propiedades de varios esclavistas, e incluso llegó a matar a algunos. El gobierno lo apresó, lo sometió a un tribunal de guerra y lo ahorcó.

Cuando Thoreau pronunció su apología, aún no se había pronunciado la sentencia de muerte para Brown. Casi nadie asistió a la conferencia, debido a la dura represión oficial que amenazaba a los que apoyaran al convicto, y además a que la opinión pública había sido manipulada por la prensa. En la reconstrucción de la personalidad

de Brown que Thoreau lleva a cabo en el escrito, hay, según dice Coy, bastante más imaginación que historia, ya que su autor opera fundamentalmente desde su conciencia de acuerdo con las circunstancias del momento. Lo que intenta hacer es lavar la imagen que daba la prensa del convicto, motivado por el respeto que sentía hacia sus ideas con respecto a la esclavitud, a las minorías y a su antimilitarismo. Walter Harding, biógrafo de Thoreau, afirma que si éste hubiera conocido las barbaries del capitán Brown, seguramente no lo hubiera defendido con tanto entusiasmo. De todos modos, parece que “se mostró siempre mucho más atraído por los ideales de Brown que por Brown mismo”⁴⁴.

Thoreau encontraba a Brown anticuado, por su respeto a la Constitución y su fe en la integridad de la Unión. Sin embargo, éstas eran la base de su abolicionismo, ya que consideraba la práctica del esclavismo contrario a ambas. Thoreau piensa en cambio que la Constitución no es sino un medio del que los gobernantes se sirven, y que la integridad de la Unión, en defensa de la cual los políticos no se atrevían a intervenir contra las prácticas esclavistas del sur, e incluso las apoyaban, no era un pretexto suficiente para eludir a la justicia. Lo que admira precisamente de Brown es que no la elude, sino que hace de ella su causa y la persigue hasta el final: “llegado el momento de la verdad, muy pocos hombres se mostraban dispuestos a entregar sus vidas en defensa de algo que sabían injusto. No les gustaba que ése pudiera ser su último acto en el mundo”⁽⁴⁵⁾. Thoreau reconoce que Brown recurrió a la violencia, y lo intenta justificar recordando que la paz de la comunidad se mantiene por las esposas, la cárcel, la horca y el capellán.

De acuerdo con esto, Thoreau se muestra desconcertado ante la gente que comenta que el capitán había desperdiciado su vida luchando contra el gobierno, o que se pregunta qué ganaba con esa lucha. Le cuesta creer que la pasividad y el pragmatismo hayan cegado tanto a la gente, y por ello dice que lo primero que hay que combatir en estos casos es “la ausencia universal de sensibilidad en la cabeza y en el corazón, la falta de vitalidad en el hombre (...); de aquí surgen todos los tipos de miedo, superstición, fanatismo,

persecución y esclavitud”⁴⁶. En efecto, si tantos ciudadanos no se dan cuenta de la importancia que tiene luchar contra el régimen esclavista, que dictamina que unos hombres nacen libres, y otros nacen siervos, destinados a ser propiedad de otro, debido a que el color de su piel es diferente, el problema no es solamente de los esclavistas, sino de toda la población.

Thoreau critica abiertamente en el escrito a los políticos abolicionistas, que hablan de la “pacífica difusión de sentimientos humanitarios sin ningún tumulto”⁴⁷ como único medio de liberación, mientras que en la práctica atacan a Brown y hacen cumplir la Ley de Esclavos Fugitivos. Thoreau no puede soportar esta demagogia, que se queda en meras palabras a las que contradice la acción de los sujetos que las profieren. Es incapaz de entender la teoría desligada de la praxis, la declaración de intenciones al margen de la acción, los ideales proclamados separada de la conducta práctica que exigen.

“Cuando un gobierno utiliza todo su poder en proteger la injusticia (...), sosteniendo la esclavitud y matando a los libertadores del esclavo, se está comportando como una fuerza bruta, o peor, como una fuerza demoníaca”⁴⁸. No hay que olvidar que el gobierno que aplasta sin atender a razones a los que se sublevan apoyando la libertad de hombres esclavizados, es un gobierno que está actuando, no en beneficio de la justicia, sino al servicio de los intereses de personas que se sienten con derecho a poseer a otras para que trabajen para ellos, lo cual constituye una forma un tanto extrema de sustentar su economía. Se trata de un gobierno que concibe como enemigos a los que se interponen entre él y los oprimidos, por eso Thoreau dice que es un gobierno representativo en el que la capacidad de raciocinio y de sentimiento humano no están representadas.

Estados Unidos tenía entonces cuatro millones de esclavos, y el Estado de Massachussets debía colaborar a que siguieran siéndolo evitando su huida. De este modo, mientras el gobierno se esconde de su obligación de hacer justicia ante tal situación, organizaciones clandestinas de ciudadanos disconformes se ven obligadas a dar la cara, como es el caso de los Underground Railroads, que ente 1810 y 1850 habían hecho llegar

a Canadá a unos cien mil esclavos. Esto fue posible gracias a una minoría, entre la que estaban tanto Thoreau como Brown, y fue en todo momento una organización ilegal. La pregunta que Thoreau nos plantea es si habría que haber esperado a que esa organización fuera legal o apoyada por la mayoría. “¿Acaso es imposible que un solo individuo tenga la razón y un gobierno esté equivocado? ¿Deben imponerse las leyes tan sólo porque se hayan aprobado?, ¿o declararlas válidas por un número cualquiera de hombres, si no son válidas? ¿Tiene que ser el hombre necesariamente el instrumento que lleve a cabo un acto que su propia naturaleza rechaza”⁴⁹.

En estas tres obras, Thoreau pone sobre la mesa asuntos muy importantes sobre la relación entre el individuo y el Estado. En su opinión, el Estado debe reconocer al individuo como poder superior independiente del que derive su poder, y no debe juzgar “contrario a su propia estabilidad que haya personas que vivan fuera de él, sin intervenir ni acogerse a él, tan sólo cumpliendo con sus deberes de vecino y amigo”⁵⁰. En definitiva, propone un Estado que se rija por una ética de mínimos, permitiendo que el individuo se desentienda de él, dejándole que lleve a cabo su vida como a él le plazca.

El conflicto viene cuando el Estado comete injusticias. ¿Cómo debe actuar el individuo entonces? En estas obras hemos visto sus respuestas, aplicadas concretamente a las cuestiones de la esclavitud y de las guerras injustas. En cuanto a su defensa del Capitán John Brown, he de decir que no estoy de acuerdo. Es cierto que los sentimientos de humanidad no son nada sin hechos, pero hay que tener cuidado con cómo se llevan a cabo estos hechos. Thoreau dice que Brown se levantó a favor de la dignidad humana, sin sumarse a ninguna institución y obedeciendo a una ley superior, pero cabría preguntarle en nombre de qué ley superior se legitima el asesinato. Es cierto que el odio, el rencor y el desprecio son sentimientos que muchos sentirían hacia los esclavistas, pero nunca se puede llegar a la justicia a través de medios injustos. En cuanto a la legitimación que Thoreau intenta hacer de los actos de Brown aludiendo a los métodos del Estado para mantener el orden, él mismo alude en *Desobediencia civil* a lo

ridículos e inútiles, aunque vergonzosos, que resultan los procedimientos violentos con los presos. En la propia obra de Thoreau, encontramos procedimientos más adecuados que los expuestos en la *Apoloía del capitán John Brown* por los que el individuo se puede enfrentar a la injusticia del Estado.

Considero especialmente significativa y actual su propuesta en *Desobediencia civil* de resistencia no violenta, de negarnos a colaborar con lo que es injusto. Retirar nuestro apoyo a la injusticia no es nada desdeñable, requiere una renuncia constante. En el caso de nuestra sociedad de consumo, la aplicación de esta máxima sería no consumir los productos de empresas que utilizan métodos para la elaboración de sus productos que rechazamos (como la esclavitud, salarios infrahumanos o el maltrato a animales). Este es el tipo de acción que podemos llevar a cabo los que, como dice el propio Thoreau, tenemos más cosas que hacer que combatir aquello con lo que no estamos de acuerdo, pero al menos así no nos prestaremos a colaborar con ello.

Por otra parte, creo que los *Underground Railroads* sí que son una forma adecuada de hacer justicia. Efectivamente, no supone quedarse en la pasividad, en el mero rechazo formal de la esclavitud, sino que requiere acción, entrega y compromiso, pero sin incurrir en matanzas ni en medios injustos. Se trata de una acción completamente positiva: ayudar a devolver la libertad a personas que han sido privadas de ella. En definitiva, acción sí, pero nunca buscando la justicia a través de la injusticia.

Notas

1. Mauricio Bach, "Introducción" a *Breviario para ciudadanos libres*, p.8.
2. Walter Harding. Citado por Juan José Coy en "Henry Thoreau: entre utopía y realidad", introducción a *Una vida sin principios*, p. 25.
3. Thoreau fue el tercero de cuatro hermanos. Descediente de emigrantes franceses, su familia vivía una precaria situación económica, que sólo podía permitirse mandar a un hijo a la universidad. Él fue el elegido.
4. Thoreau, citado por Juan José Coy en el estudio preliminar a *Desobediencia civil y otros escritos*, p. xi.

5. Thoreau, *Una vida sin principios*, p. 77.
6. Thoreau, *Walden*, p. 30.
7. Thoreau, *Una vida sin principios*, p.66.
8. Henry Miller, prólogo a *Walden*, p. 7.
9. Juan José Coy, "Henry Thoreau: Entre utopía y realidad", *op. cit.*, p.10.
10. Thoreau, *Una vida sin principios*, p. 107.
11. Esta creencia sigue aún hoy muy extendida en Estados Unidos, como se puede ver en algunos de los escritos políticos de Noam Chomsky y en la obra de Vicente Verdú *El planeta americano*.
12. Juan José Coy, "Henry Thoreau: Entre utopía y realidad", *op. cit.*, p.10.
13. Thoreau, *Breviario para ciudadanos libres*, p. 62.
14. Milton Meltzer y Walter Harding, *A Thoreau profile*, citados por Juan José Coy en "Henry Thoreau: entre utopía y realidad", *op. cit.*, p. 17.
15. Gerald Chargin, citado por Juan José Coy en "Henry Thoreau: entre utopía y realidad", p. 23.
16. Thoreau, *Breviario para ciudadanos libres*, *op. cit.*, p. 45.
17. Thoreau, *Libro de citas*, p. 91.
18. Declaración de Independencia de Estados Unidos, citada por Juan José Coy en el estudio preliminar de *Desobediencia civil y otros escritos*, p. xxiii.
19. Thoreau, *Desobediencia civil*, en *Desobediencia civil y otros escritos*, p. 43.
20. *Ibidem*, p. 29.
21. *Ibidem*, p. 30.
22. Esta afirmación aparece casi con la misma fórmula en *La esclavitud en Massachussets*, cuando dice "quisiera recordar a mis compatriotas que ante todo deben ser hombres, y americanos después, cuando así convenga" (*La esclavitud en Massachussets*, en *Desobediencia civil y otros escritos*, p. 70).
23. *Ibidem*, p. 31.
24. *Ibidem*, p. 33.
25. *Ibidem*, p. 34.
26. *Ibidem*, p. 35.
27. Precisamente, según apunta Coy, cuando en 1863, Lincoln aboliera la esclavitud por la Ley de Emancipación, no fue por su oposición al racismo o por su interés en salvaguardar la legítima libertad de los esclavos, sino básicamente por motivos políticos consistentes en mantener la integridad de la Unión, y se aplicó básicamente a los terrenos ocupados por la Confederación.
28. *Ibidem*, p. 36.
29. *Ibidem*, p. 36.
30. *Ibidem*, p. 37.
31. *Ibidem*, p. 41.

32. *Ibidem*, p. 41.
33. *Ibidem*, p. 43.
34. Con anterioridad, siendo profesor de la escuela que había fundado con su hermano John, se negó a pagar los impuestos de la Iglesia, ya que no podía entender que su escuela no recibiera nada de los impuestos y la Iglesia sí. En consecuencia, redactó una declaración en la que decía no querer ser considerado miembro de una asociación o sociedad en la que no se hubiera inscrito personalmente.
35. Thoreau, *Walden*, pp. 152-153.
36. Thoreau, *Desobediencia civil*, p. 47.
37. Thoreau, *La esclavitud en Massachusetts*, pp. 59-60.
38. *Ibidem*, p. 63.
39. Juan José Coy, estudio preliminar de *Desobediencia civil y otros escritos*, p. xxvi.
40. Thoreau, *La esclavitud en Massachusetts*, p. 66.
41. *Ibidem*, p. 74.
42. *Ibidem*, p. 77.
43. *Ibidem*, p. 78.
44. Juan José Coy, estudio preliminar a *Desobediencia civil y otros escritos*, p. xxix.
45. Thoreau, *Apología del capitán John Brown*, en *Desobediencia civil y otros escritos*, p. 86.
46. *Ibidem*, p. 90.
47. *Ibidem*, p. 95.
48. *Ibidem*, p. 100.
49. *Ibidem*, p. 109.
50. Thoreau, *Desobediencia civil*, p. 57.

Bibliografía

Obras de Henry David Thoreau:

Breviario para ciudadanos libres. Barcelona: Península, 1999.

Desobediencia civil y otros escritos. Madrid: Tecnos, 2001.

Libro de citas. Palma de Mallorca: Juan J de Olañeta, Editor, 2002.

Pasear. Palma de Mallorca: Juan J. de Olañeta, Editor, 1999.

Una vida sin principios. Universidad de León, 1995.

Walden o la vida en los bosques. Barcelona: Parsifal ediciones, 2001.

Otras obras consultadas:

Riechmann, Jorge. *Todo tiene un límite: ecología y transformación social*. Barcelona: Debate, 2001.

Verdú, Vicente. *El planeta americano*. Barcelona: Anagrama, 1996.

Weber, Max. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península 1979.

Artículos de revistas

Anderson, Douglas R. "In the face of technology: toward a recovery of the human". En *Technology in society*, nº 20 (1998), pp. 297-306.

Martín Sosa, Nicolás. "Ética ecológica, entre la falacia y el reduccionismo". En *Laguna, revista de Filosofía*, nº 7, año 2000, pp. 307-327.

De La Fuente Rubio, Evangelina. "Democracia y desobediencia civil". En *Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense*, nº 83, año 1995, pp. 97-117.

"Review" de Butkin, Daniel. *No man's garden: Thoreau and a new vision for civilization and nature*. En *Landscape and urban planning*, nº 57 (2001), pp. 43-47.